



CONGREGATIO PRO CLERICIS

XXIV DOMINGO T.O. - B

Citas:

Is 50,5-9a:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9aggyjbr.htm

Iac 2,14-18:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9avu0wb.htm

Mc 8,27-35:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9bjyeuh.htm

«Y vosotros, ¿quién decís que soy?». La pregunta de Jesús, después de dos mil años, sigue siendo de extraordinaria actualidad para cada uno de sus discípulos, para cada uno de nosotros.

En una extraordinaria “escalada” pedagógica, en una progresiva manifestación que lleva a los Apóstoles al corazón de la Verdad, en el Evangelio de hoy el Señor comienza con una pregunta genérica, como si fuera una investigación de opinión pública: «¿Quién dice la gente que soy yo?». Pero está claro que, delante de Cristo, nadie puede quedarse en opiniones generales, en lo que “otros” piensan y dicen acerca de Él. Es necesario, urgente, es un deber que obliga en conciencia, tomar partido acerca de Cristo.

En efecto, frente a la casi embarazosa y genérica respuesta de los Apóstoles, el Señor les pregunta: “Pero vosotros –vosotros, no los otros- ¿quién decís que soy yo?”.

En nuestro tiempo y en todos los tiempos, son muchos los que, frente a Cristo, han pensado y piensan que pueden vivir en un asfixiante agnosticismo, falsamente capaz de garantizar una cierta neutralidad.

En realidad, el anuncio de Cristo, lo que Él trae al mundo es tan removedor y supone tal cambio en la historia del hombre y en su relación con Dios, que es imposible la neutralidad.

No tomar posición frente a un hombre que dice que es Dios y que trae a Dios al mundo, quiere decir, más allá de falsos pudores, plantarse frente a los que lo rechazan: si Dios ha entrado en el mundo y se ha revelado a los hombres, es imposible no seguirlo.

El agnosticismo, por tanto, es una forma de “ateísmo irresponsable” que renuncia a la “responsabilidad” de dar las razones de la propia postura.

La respuesta límpida, directa y verdadera, es la de Pedro: «Tú eres el Cristo». Pedro toma la palabra en nombre de todos los Apóstoles, y en lo que él afirma está como significada toda la conciencia de la Iglesia.

Hoy también continúa siendo así. Si queremos responder personalmente y comunitariamente a la pregunta comprometedora del Señor: «Vosotros, ¿quién decís que soy?», no podemos dejar de lado la respuesta de Pedro, para verificar si nuestra respuesta está en comunión plena con la suya: «Tú eres el Cristo», es decir, el Ungido del Señor, el Mesías, el que Israel esperaba, la respuesta a toda la necesidad de verdad, de justicia, de belleza y de amor del corazón humano.

El tercer paso que propone la pedagogía divina en el Evangelio de hoy es, quizás, el más dramático: la Revelación del destino del Hijo del Hombre, del método elegido por Dios para salvarnos: la Cruz. Jesús «comenzó a enseñarles que el Hijo del Hombre debía sufrir mucho, ser rechazado por los ancianos, por los jefes de los sacerdotes y por los escribas, ser muerto y, después de tres días, resucitar ».

Es comprensible la reacción de Pedro, escandalizado por el anuncio de la Pasión: para él, y a menudo también para nosotros, es algo incomprensible y desconcertante. Pero aún es más fuerte la claridad con la cual el Señor amonesta al Príncipe de los Apóstoles: «¡Apártate de mí, Satanás! Porque tú no piensas según Dios sino según los hombres».

Acoger la lógica de la Cruz, la lógica de la misteriosa decisión de Dios de salvarnos por medio del sacrificio del Hijo, es –y sigue siendo- uno de los pasajes más comprometedores del asentimiento de la fe. Se nos pide no solamente aceptar a Jesús como el Cristo, el Mesías, sino mucho más: aceptar que el Salvador sea el

Crucificado y que esta lógica inescrutable no se refiere sólo a él, sino a cada uno de nosotros.

Rechazar la Cruz y la lógica que de ella se deriva, significa ser Satanás. Significa no pensar según Dios sino según el mundo, según los hombres. En los días pasados hemos celebrado la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz y la Memoria de la Virgen Dolorosa, como una especie de *preparación* para el Evangelio de hoy. Pidamos al Espíritu Santo que abra los ojos de nuestra mente para que, con la ayuda de la gracia, podamos conocer, recorrer y amar el camino que el Señor hoy nos señala sin reticencias: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, renuncie a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque el que quiera salvar la propia vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio la salvará ».

La Santísima Virgen María, que siguió a Cristo en el Calvario, nos señale el camino, nos sostenga en la prueba y nos alcance el premio eterno.